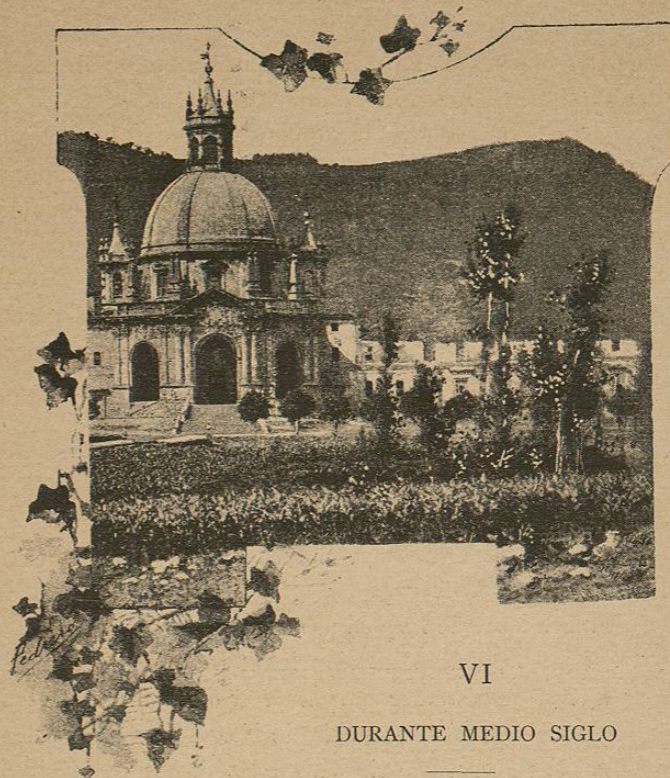
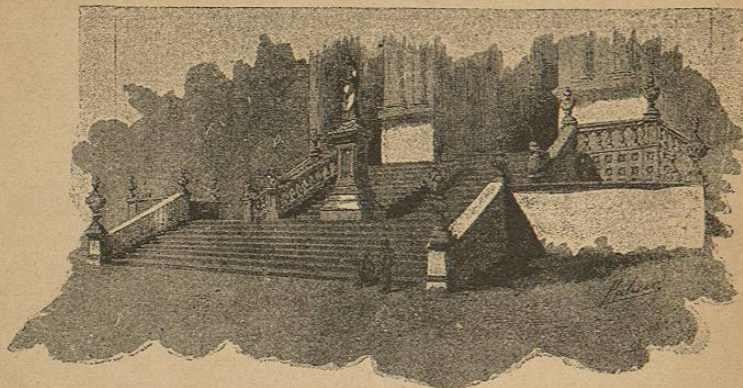


variados mármoles, á pesar de resentirse tan notablemente del mal gusto dominante en aquel tiempo.

¡Lástima de riquezas de ornamentacion mal empleadas y de prodigios de trabajo y paciencia en aquellas admirables incrustaciones, en aquella prodigalidad de columnas, pedestales y frontones aglomerados, que no tienen más disculpa que la piadosa esplendidez que presidió á la construcción de tal altar, y la influencia, que entónces parecia inevitable, de los Churrigueras y Barbases, profanadores del arte de Vitruvio!



VI

DURANTE MEDIO SIGLO

Ochenta y cuatro años habian trascurrido desde que la insigne piedad de una Reina de España habia puesto á la Compañía en posesion de la casa de su Padre. Setenta y nueve años se habia trabajado con incansable teson en la fábrica de aquella obra monumental. Quince millones de reales (donativos hechos dentro y fuera de la Compañía) se habian invertido en la construcción (1).

(1) La Compañía de Jesus, como tan agradecida siempre á sus bienhechores, en la imposibilidad de nombrarlos á todos, no puede ménos de recordar aquí los nombres más insignes de los que contribuyeron en sus principios á la construcción de tan grandioso edificio. Uno de estos es el del P. Pedro Jerónimo de Córdoba, varon insigne de la Compañía de Jesus, que despues de haber sido profesor de Filosofia y Teología, tres veces Provincial y dos Visitador de la provincia de Toledo, por la devocion



La grandiosa iglesia y el ala derecha del colegio estaba ya concluida, la izquierda se elevaba á la altura de las ventanas del piso principal: la Santa Casa, ricamente adornada, era como siempre concurrida y visitada por numerosos peregrinos nacionales y extranjeros. La Comunidad, ya numerosa, atendia al culto del santuario, y muchos Padres recorrian las Provincias Vascongadas, evangelizando sus pueblos. Estaba en vísperas de abrirse el Seminario, á que se destinó desde un principio parte del Real colegio; mas todo (y no fuera más que esto), todo lo derrumbó de una plumada un Rey de España, infatuado por el filosofismo francés.

El 3 de Abril de 1767 los PP. de Loyola, como todos los demás de las diversas casas de las cuatro provincias, fueron expulsados de España.

Los moradores de Loyola pasaron primero al puerto de San Sebastian, en donde estuvieron en prision veintiseis días; fueron embarcados despues con otros muchos compañeros de desgracia con rumbo al Ferrol, arrojando increíbles penalidades y peligros en las costas cantábricas; y zarpando del Ferrol con rumbo á Civitavechia, y no pudiendo desembarcar en los Estados Pontificios, se vieron obligados los jesuitas de Loyola, como los demás de las cuatro provincias de España, á tomar tierra en Córcega, á la sazón en guerra con los genoveses.

grande que tenía á San Ignacio se retiró á Loyola, donde vivió hasta su muerte acaecida el 6 de Noviembre de 1693.

Este Padre fué el primero que acudió á la Reina, madre de Carlos II, para que se fundase el colegio de Loyola, y de los que más hicieron por sí mismo y por las relaciones de su nobilísima familia, para adelantar las obras. Merecen tambien mencion especial el P. Juan Barbiaciano, de la Compañía, hijo de los ilustres condes de Beljoyoso, en el Estado de Milan, que dejó todo su rico patrimonio para la fundacion del colegio de Loyola; el P. Pimentel tambien de la Compañía de Jesus; y entre las seglares, doña Ana de Lasalde y Mancidor, doña María de Porta, D. Fernando de Barrenechea, D. Ignacio Maleo, y finalmente, la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa.

Muy al caso paréceme que viene el consignar aquí con este motivo una observacion que quizás tenga su valor para la historia de la expulsión de los jesuitas de España.

Sabido es que en la noche del 2 al 3 de Abril de 1767, á un tiempo mismo fueron completamente sorprendidos en sus casas, allanadas por la autoridad real y por la fuerza pública, todos los jesuitas de España.

Recordando las sabidas palabras de Jesucristo en la noche de su prision, pudieran los jesuitas echar en cara á los emisarios del Conde de Aranda, que les prendian como á ladrones. Y á su vez estos ejecutores de una de las mayores iniquidades que registra la historia, al llegar á Loyola, es de creer que abrigarian la esperanza de apoderarse en la casa del fundador de la Orden, de todos los hilos de la misteriosa trama que ponía en peligro, segun ellos, la paz de los Estados, y aun la misma paz de la Iglesia.

Loyola, puesta en directa comunicacion con Roma, debía ser la cabeza de la pavorosa conspiracion, y principal centro de las maquiavélicas operaciones; allí, si entre los hijos de Ignacio habia criminales, allí debian ocultarse los más famosos.

Cayeron de improviso sobre Loyola: ni uno solo escapó de las garras de la justicia, ni un solo papel dejó de pasar á sus manos. Y bien, ¿qué se encontró en Loyola? Una Comunidad edificante, cuyo venerable Rector, solo con su majestuoso y bondadoso aspecto y su encanecida cabeza, inspiraba veneracion; pero mucho más por su fama de virtud y saber; unos Padres ancianos que, rendidos de trabajos apostólicos en el púlpito y en la cátedra, se entregaban á la oracion á los piés de su Santo P. Ignacio; otros Padres, vigorosos aún, que se empleaban en los ministerios propios de la Compañía, evangelizando las montañas vascas, y unos HH. Coadjutores que en sus humildes empleos domésticos



unian la solicitud de Marta al amor y contemplación de María (1).

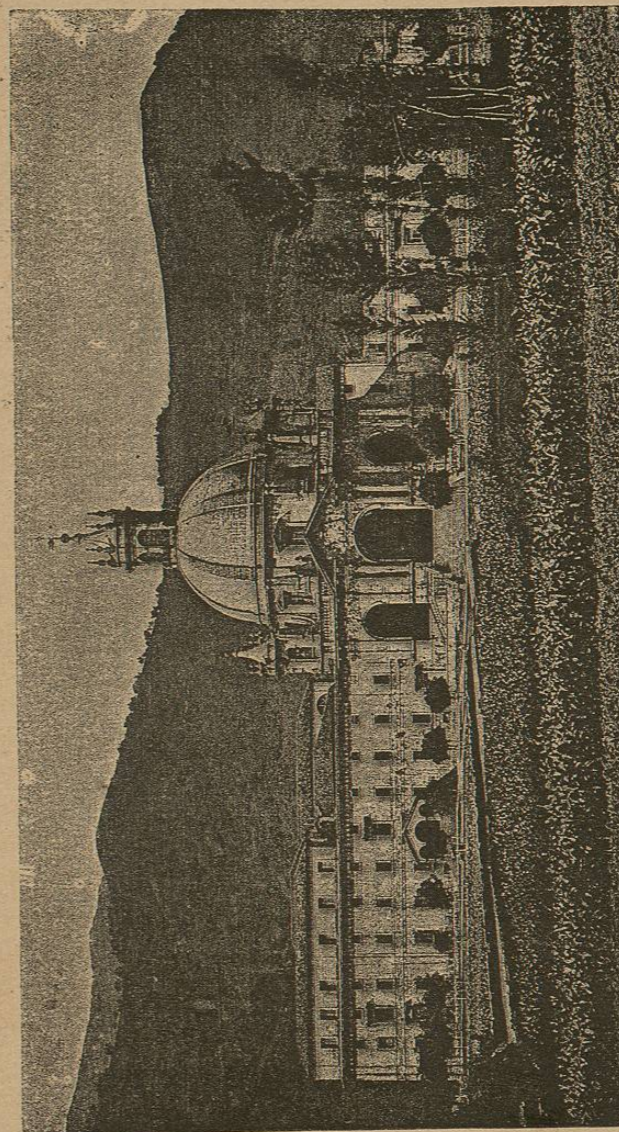
¿Nada más? ¡Nada más! He ahí los grandes criminales que iban á sufrir increíbles trabajos por mar y tierra, trocando aquel santo retiro de Loyola por costas inhospitalarias, en donde, léjos de su querida España, habian de morir en el abandono más absoluto y bajo la presión abrumadora de una ignominia tan afrentosa y universal como injustificada.

Porque más de un siglo ha pasado, y esta es la hora en que estamos esperando que nuestros numerosos enemigos presenten una prueba, una siquiera, de la culpabilidad de la Compañía, que justificase, ó cohonestase al ménos, la brutal expatriación de tantos miles de religiosos españoles.

En cambio, la veraz historia ha comprobado con irrecuables datos, y los posteriores sucesos lo han venido á confirmar con raudales de sangre y montones de ruinas de todos géneros, lo que Menendez Pelayo dice al hablar del piadoso é *inocente* Carlos III: «Cuando tales beatos inocentes llegan á sentarse en un trono, tengo para mí que son cien veces más perniciosos que Juliano el Apóstata ó Federico II de Prusia.»

¡Cuán abandonado quedó el santuario de Loyola al emprender los hijos de Ignacio el camino del destierro! La hiedra se apoderó de parte de sus muros sin concluir, dándoles el aspecto de ruinas sin la majestad ni el sello de los recuerdos que imprime á las ruinas especial carácter. Y en la parte ántes habitada por tan insignes varones como crecieron á la sombra del solar de San Ignacio, empezó á extenderse como un velo de tristeza, y poco á poco, en

(1) Véase el apéndice VII, donde se da un resumen de las vidas de estos Padres y Hermanos, los últimos que honraron á Loyola ántes de la extinción de la Compañía.



El colegio de Loyola sin concluir.



medio de la prolongada soledad y silencio, hasta los nombres de los que allí moraron fueron quedando sepultados en el olvido.

¡Triste condicion de las cosas humanas, aun de las más enlazadas con las divinas! Con dificultad resisten á la accion destructora del tiempo y de la ingratitud de los hombres. ¿Quién hace mencion ya de la estancia en la misma casa de Loyola de un San Francisco de Borja; de un P. Antonio de Araoz, oráculo de la corte; de un Millan de Loyola, sobrino de San Ignacio, celoso operario muerto en la Compañía en la flor de su edad; de un Cardenal de Lugo, prez de las ciencias teológicas, gloria de la Iglesia y de la Compañía de Jesus? ¿Quién recuerda al P. Francisco de Baza, gran predicador en su tiempo, que gobernó varios colegios, y últimamente durante diecisiete años el de Loyola, donde murió como un santo despues de haber demostrado su devocion al glorioso Patriarca San Ignacio, trabajando incansable en el adorno de la Santa Casa y edificacion de la iglesia y colegio?

De otros muchos nombres identificados con la casa y colegio de Loyola, á cuya construccion coadyuvaron ó cuyo gobierno tuvieron, como los de los Rectores P. Francisco Aleson, P. Ribadeo y otros, nada diremos; pero no queremos omitir en estas páginas la honorífica mencion que se merecen algunos de los primeros apóstoles y amigos del Corazon de Jesus en España, hijos de Ignacio, que poco ántes de la expulsion y extincion de la Compañía moraron en su Santa Casa.

Descuella entre estos por su virtud y saber y por su especial adhesion á la devocion, entónces naciente, el P. Francisco Javier Idiaquez, hijo de los duques de Granada de Ega, en quienes se refundieron la ilustre casa de San Ignacio de Loyola y la Real de San Francisco Javier. Ya al principio de sus estudios en la Compañía en 1737 dedicó